

***Los partidos políticos***  
**León Trotsky**  
**30 de diciembre de 1912**

(Versión al castellano desde “Les partis politiques”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 132-137. Publicado en *Den'* número 87, 30 de diciembre de 1912)

Actualmente, en Bulgaria no hay partidos políticos ni prensa, sólo el estado mayor y su censura. Desde el comienzo de la guerra, aparte de dos periódicos semioficiales, uno *gešovista* y otro *danaevista*, no ha habido publicaciones políticas, sólo boletines informativos. Un profesor de latín ha tachado a conciencia cualquier forma de *teorización* y un poeta lírico autorizó la publicación de un retrato de Radko Dimitriev<sup>1</sup>, con la única condición de que en publicaciones posteriores aparecieran otros comandantes, para evitar *los celos entre los generales*.

En Serbia, donde los partidos tienen raíces más profundas y tradiciones políticas más sólidas, no han llegado tan lejos y sólo los corresponsales extranjeros son objeto de censura. Pero está claro que sobre los periódicos de Belgrado se ciernen un estado mayor que no es moco de pavo. A pesar de todo, en Serbia no ha habido una supresión total de la prensa política. Sin embargo, ahora que los asuntos vuelven a estar en manos de los diplomáticos, ahora que se hace balance de lo que se ha conseguido mediante el derramamiento de sangre, ahora que podemos hablar de la responsabilidad del gobierno en los acontecimientos históricos de los últimos tres meses, los partidos y sus periódicos vuelven a dar muestras de gran actividad.

Aparte de los socialdemócratas, hay cuatro partidos políticos en Serbia, con sus raíces en dos periodos históricos diferentes. El más antiguo es el partido liberal, que hace unos años cambió su nombre por el de nacionalista. El periodo de mayor éxito de este partido fue cuando sirvió de pantalla gubernamental y parlamentaria al despotismo personal y al absolutismo del rey Milan. Incluso en el campo de la política exterior, actuó en tándem con éste como agente de los Habsburgo en los asuntos balcánicos.

En los años ochenta del siglo pasado, los *naprednjaci* entraron en el estrecho escenario serbio, intentando poner en orden los cimientos parlamentarios y estatales. Pero no buscaron el apoyo de las masas, ni lo consiguieron, y bajo el régimen personalista de Obrenović su partido pronto degeneró en una camarilla política que competía con los liberales. Incluso este partido es tradicionalmente austrófilo. Con el apoyo de los *naprednjaci*, Milan concluyó un pacto secreto con Austria en 1881<sup>2</sup>. En virtud de este pacto, Serbia renunciaba a toda reclamación sobre Bosnia-Herzegovina y abría las puertas de los Balcanes al ejército austrohúngaro; a cambio, Viena debía apoyar a la dinastía Obrenović. Gracias a este pacto sin precedentes, denunciado enérgicamente por los radicales durante sus campañas contra Milan, las dinastías balcánicas alcanzaron nuevas cotas de cinismo mercenario, convirtiéndose en instrumentos de la diplomacia europea.

El partido radical, nacido también en los años ochenta, creció en influencia gracias a su valiente, o más bien demagógica y furibunda lucha contra la familia Obrenović. Durante el reinado de Alejandro, que intentó en varias ocasiones reconciliarse, o al menos pactar una tregua con los radicales, el ala de los jóvenes radicales, intransigente en su hostilidad hacia la dinastía, se separó del partido y luego formó un partido independiente. Los radicales, y especialmente su pope Nikola Pašić, tenían fama de rusófilos; es cierto que siempre habían buscado el apoyo de San Petersburgo durante su lucha contra la

reacción de Austria y la familia Obrenović, aunque el sistema estatal ruso no les atraía por analogías evidentes.

El golpe de estado de 1903 derrocó a la dinastía Obrenović y colocó en el trono al actual rey Pedro. Los viejos radicales llegaron al poder, y los nacionalistas y *naprednjaci* se transformaron de camarillas de la corte en partidos de oposición parlamentaria.

Aunque más avanzados que en Bulgaria, el parlamentarismo y la democracia serbios son extremadamente primitivos, pero a diferencia de Bulgaria, la monarquía no tiene hoy ningún papel político en Serbia.

La lucha entre las familias Obrenović y Karageorgević dura ya casi un siglo, con una sucesión de intrigas sangrientas que, desde luego, no han fortalecido a la monarquía serbia. Djordje Karageorge, el fundador de su dinastía, había construido una política revolucionaria contra Turquía y soñaba con liberar toda la península balcánica. Fue asesinado por el príncipe Miloš, fundador de la dinastía Obrenović, que siguió una política de compromiso dictada principalmente por consideraciones personales y dinásticas, y que, a su vez, fue derrocado y desterrado. Su sucesor, Mihailo, corrió la misma suerte. Incluso Alejandro Karageorgević, el padre del actual rey, no pudo escapar a la influencia austro-turca y acabó como sus dos predecesores. De vuelta del exilio y decidido una vez más a probar suerte en el trono serbio, Miloš le sucedió. Tuvo la suerte de morir en el trono, y nada menos que por causas naturales. Su sucesor, el príncipe Miguel, que también había regresado del exilio, fue asesinado. El príncipe Milan fue desterrado y se libró de la pena de muerte. Su hijo Alejandro, el último de la familia Obrenović, fue asesinado junto con su esposa Draga.

Fue sustituido por Pedro Karageorgević, que había vivido en Suiza como un eterno pretendiente, cargado de deudas y abrumado por sus responsabilidades familiares. Cuando Pedro llegó a Belgrado con un modesto equipaje y una autoridad aún más modesta, el callejón que conducía al palacio apenas se había limpiado de la sangre del rey Alejandro, cuyo cuerpo mutilado había sido arrojado por la ventana por los conspiradores. El conocimiento del destino de sus seis predecesores, tres desterrados, dos asesinados y uno desterrado y asesinado a su regreso al trono, animó a Pedro a evitar cualquier activismo excesivo. A pesar de sus ambiciones y su fuerte carácter, Pedro se vio obligado a aceptar el papel pasivo de instrumento en manos del viejo partido radical. También es probable que su edad influyera. Lo que es seguro es que se comportó de forma diferente a Gregorio VII que, cuando era cardenal, caminaba con paso inseguro y hablaba en voz baja pero que, el día que recibió la tiara papal, enderezó la espalda y empezó a hablar en tono de conquistador. Pedro, por su parte, persiguió su objetivo implacablemente y sin escrúpulos mientras fue pretendiente al trono, mientras que ahora que es rey se revela desprovisto de carácter y sigue obedientemente las instrucciones del partido que lo puso en el trono.

Los oficiales revolucionarios, instrumentos y protagonistas del golpe de estado, demostraron, como era obvio, que no tenían cualidades para desempeñar un papel de liderazgo político. Fueron marginados para dejar paso a civiles que, una vez que la conspiración militar hubo cumplido su cometido, proclamaron el sagrado principio: “El ejército debe mantenerse al margen de la política”. Precisamente por su carácter conspirativo, el *pronunciamento* sólo había podido implicar a una estrecha minoría de aristócratas del cuerpo de oficiales. Todos los demás oficiales se sintieron marginados; al no apoyar a los pretorianos del nuevo régimen, formaron un núcleo de contra-conspiración. Esta situación paralizó al ejército y le impidió convertirse en un actor político.

Dadas las circunstancias, el partido radical siguió siendo el dueño absoluto de la situación. Tras pasar de la oposición al poder mediante un golpe de estado dinástico, formó un gobierno parlamentario como un partido de masas.

A primera vista, podría decirse que las perspectivas del parlamento serbio eran favorables. La nueva dinastía estaba desarmada, la vieja irremediablemente comprometida y el cuerpo de oficiales paralizado por conflictos internos. El golpe se había producido en nombre de la voluntad popular. En este contexto, el parlamento debería haberse convertido en el centro natural del poder. Pero esto no ocurrió, y era natural que así fuera. La razón por la que los oficiales se habían autoproclamado “comité ejecutivo de la voluntad popular” estaba también en la raíz de la frágil salud del parlamentarismo serbio: la ausencia de clases sociales modernas y bien definidas.

Hace tiempo que Serbia ha dejado de ser un país basado en la agricultura de subsistencia y la producción a pequeña escala. El militarismo y la presión fiscal han arruinado a los campesinos, y los productos austriacos han destruido la producción a pequeña escala. La industria local, que debería haber absorbido el excedente de energía de la población, se desarrolla muy lentamente. En definitiva, las causas que llevaron a Serbia a elegir el camino de la guerra fueron las siguientes: las bases del estado eran demasiado estrechas, estaba aislada por el mar y dependía económicamente de Austria. El capitalismo ha conseguido destruir las antiguas formaciones sociales, pero hasta ahora ha sido incapaz de crear otras nuevas.

Hay muchos elementos desclasados en este país y esto pudre la vida social en su totalidad. Se han sacudido creencias y viejos conceptos, pero aún no han arraigado nuevos valores. En estas condiciones, la cristalización política avanza a un ritmo irregular y con manifestaciones accidentales o secundarias. La consecuencia última de este proceso es que el parlamento no puede tener ni un programa de trabajo bien definido ni los recursos internos para aplicarlo. Encarnando la impotencia política de toda la sociedad, busca ansiosamente un *guía* del exterior.

Lo encuentra en Nikola Pašić, el antiguo líder del partido radical, un sabio político de estilo oriental y gran experiencia. El baricentro político ha pasado de un parlamento desorientado por la incertidumbre de sus funciones, privado de programa, fuerza y vigor, al gobierno y, finalmente, a Pašić. El parlamento, junto con su mayoría de viejos radicales, sólo se enteró de lo que Pašić consideraba necesario. Los ministros, a excepción de Paču y Protić, estrechos colaboradores de Pašić, son simples funcionarios de los departamentos estatales. En cuanto al rey, ¡es simplemente un ornamento del régimen!

En Sofía se oye: “¿Va Fernando a abandonar Salónica a los griegos?”. Aquí, en cambio, oímos: “¡Pašić no puede abandonar Bitolj a los búlgaros!”. En ambos países, la política gira en torno a la política exterior. Siempre ha sido así. En Bulgaria, los partidos se turnan en el poder, uno tras otro, como imágenes en una linterna mágica, y el rey Fernando representa el único elemento estable en política exterior, hasta el punto de que durante los últimos veinticinco años ha manejado todos los hilos del poder. En Serbia, en cambio, la sucesión de reyes ha sido desastrosa, hasta el punto de convertirse en la norma; el poder se ha concentrado en manos del político más perseverante y cauto del partido que ha derrocado a dos reyes y entronizado a un tercero. El traspaso del poder al líder de un partido parlamentario, en una situación de debilidad parlamentaria general, revela una inestabilidad intrínseca del sistema político en su conjunto.

La guerra ha debilitado a los viejos radicales de dos maneras: por la victoria del ejército y por la derrota de la diplomacia. La división entre oficiales conspiradores y contra-conspiradores casi ha desaparecido. Las batallas y campañas militares los unieron, y las victorias aumentaron su autoestima. Se dieron cuenta de que las armas también forman parte de la constitución, y no la menor. Naturalmente, como siempre, los oficiales

no tienen ninguna agenda política. Pero están resentidos con el gobierno de Pašić. A sus ojos, Pašić parecía dispuesto a ceder al enemigo o a sus aliados las conquistas del ejército serbio de Durrës, Alessio, Monastir, Veles y Prilep. Los dos partidos reaccionarios, pero sobre todo los liberal-nacionalistas, intentaron convertir este resentimiento (que obviamente no se limitaba a los oficiales) en un programa político. Utilizan todos los medios posibles para infundir odio contra el aliado búlgaro, Pašić y todo el régimen. “No estamos dispuestos a ofrecer en bandeja (escribió *Srpska Zastava*, el periódico no oficial de los nacionalistas) lo que hemos obtenido al precio de enormes sacrificios. Son cosas que no ocurren en ninguna alianza y que tampoco ocurrirán en ésta. Alguien envió a nuestro ejército a la batalla en interés de otros que no de nosotros mismos, y eso es algo que el pueblo no olvidará. No estaremos satisfechos hasta que hayamos destruido esta política, sean cuales sean los medios”. Estas palabras no se han visto seguidas de ninguna acción, pero la amenaza de un nuevo *pronunciamento* del ejército, que se desprende de las frases que acabo de citar, encuentra su justificación no sólo en las tradiciones de ayer, sino también en los estados de ánimo de hoy.

- ¿No cree usted [le pregunté al ministro del interior, Stojan Protić, un hombre que, bajo el régimen de Obrenović, cumplió dos años de trabajos forzados, encadenado, y tiene grabada en la espalda la marca del condenado] que la consecuencia directa de la guerra para Serbia es la amenaza de un nuevo período reaccionario?

- ¿Y eso por qué? Si la guerra hubiera terminado mal para nosotros, habría sido diferente. Pero después de todas estas victorias...

- Los resultados positivos de los cambios en curso, la ampliación del mercado balcánico, una salida marítima, etc., no se sentirán inmediatamente. Pero la hemorragia causada por la guerra y la desilusión con los frutos de esa guerra ya se sienten hoy, y se sentirán aún más agudamente mañana.

- Nuestro pueblo ha vivido un periodo de bonanza en los últimos años, y podemos afrontar un periodo de crisis sin demasiados sobresaltos.

El optimismo esgrimido por el honorable ministro era obviamente sólo una fachada. El gobierno, es decir, Pašić, Paču y Protić, sabe perfectamente dónde está el peligro y está tomando medidas. Estos consisten, ante todo, en atraer a los *naprednjaci*, el más *sólido* y respetable de los dos partidos conservadores, a la órbita del gobierno, para compartir con él la carga de la responsabilidad. De este modo, espera aislar a los nacionalistas, que no tienen intención de tirar la toalla en su lucha contra el régimen actual. Stojan Novaković, que no es el líder absoluto de los *naprednjaci* pero sí su reliquia sagrada, ha sido colocado a la cabeza de la delegación de “paz”. A su hijo Mileta, también miembro destacado de este partido, se le ha asociado a los trabajos de la comisión que se ocupa de la reorganización de las regiones ocupadas. Pašić también presta mucha atención a los oficiales.

Los nacionalistas podían volverse peligrosos si el partido militar adoptaba su programa, por lo que el gobierno hizo todo lo posible para evitarlo y se comprometió yendo en la dirección de las aspiraciones de los círculos militares. Lo que en sí mismo es una medida inocente (la decisión de garantizar una suma de 300 francos a cada oficial que, al final de la guerra, necesite ir al hospital para recibir tratamiento o descansar) adquiere un significado particular cuando se considera que las arcas del tesoro están casi vacías. Otra decisión de mayor alcance tomada la semana pasada (¡sin conocimiento del parlamento!) fue el establecimiento de un régimen militar en las regiones ocupadas. La policía, la administración y los tribunales se han puesto a las órdenes del *alto mando* de Skopje.

- Se necesitarán dos o tres años de trabajo preparatorio [me han dicho algunos miembros del gobierno] para educar a la población en la libertad y el parlamentarismo.

Sin embargo, cuesta creer que los radicales (viejos políticos experimentados con una lucha sin concesiones contra el régimen burocrático y militar de Obrenović a sus espaldas) crean realmente que el cuerpo de oficiales, galvanizado por la victoria, es el mejor instructor en cuestiones constitucionales en el país de los vencidos. Es significativo que, dos días antes de que se hiciera pública esta decisión, uno de los ministros más influyentes me asegurara categóricamente que la ley sería sometida al parlamento serbio. De hecho, simplemente se publicó como un decreto real basado en un determinado párrafo... del reglamento del ejército. Claramente, ha habido un conflicto sobre esto. A los ministros, o al menos a algunos de ellos, les hubiera gustado presentarse en el parlamento, pero se vieron obligados a capitular rápidamente ante las exigencias del partido militar. Para completar el cuadro, hay que recordar que, en respuesta a la petición formal de la presidencia de *Skupstina* de convocar inmediatamente una sesión del parlamento (con la marcha a Londres del presidente Andra Nikolić, el cargo de presidente va a parar a los jóvenes radicales), el gobierno respondió: no, no es el momento. Os avisaremos cuando lo sea.

Huelga decir que tácticas de este tipo sirven más para proteger al gobierno de los viejos radicales de las sacudidas de la crisis política de lo que podría hacerlo un sistema parlamentario; sin embargo, es dudoso que estas tácticas sean realmente eficaces. El destino interno de Serbia depende ahora de factores mucho más importantes que las sofisticadas maniobras de los viejos radicales para eludir a los *naprednjaci* y a los oficiales. La tensión provocada por la guerra era demasiado grande, las esperanzas depositadas en ella demasiado altas y los errores de cálculo demasiado evidentes como para poder borrar este fracaso sin dolor lavando los trapos sucios en familia, por así decirlo. Aunque la democracia serbia sea primitiva, la guerra y sus consecuencias conciernen a todo el pueblo. Se contaba con que Rusia proporcionaría una salida marítima en la costa adriática. Pero las esperanzas de ayuda desde allí, alentadas artificialmente por ciertos grupos políticos rusos, resultaron carecer de fundamento. Veles, Prilep y Bitola han sido cedidas a los búlgaros, como estaba previsto en los acuerdos. Llegando de todas partes, las tropas están a punto de regresar a casa. Y como de costumbre, la pobreza servirá de contrapunto a las gestas heroicas y los grandes sacrificios. Todo esto provocará una crisis política que podría ser fatal no sólo para el partido de Pašić, sino también para el régimen radical.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> *Radko Dmitriev*. General del ejército búlgaro. Estudió en la academia rusa del estado mayor. Se distinguió durante la guerra de 1912-1913 contra los turcos, después devino embajador búlgaro en Rusia. Con el inicio de la guerra imperialista, Radko Dmitriev se puso al servicio de la Rusia zarista y fue nombrado comandante del Octavo Cuerpo de Ejército. A consecuencia de ello mandó el III y el XII ejércitos. En 1918, fue fusilado por orden de la Checa en la ciudad de Pjatigorsk.

---

<sup>2</sup> Acuerdo austro-serbio de 1881. A pesar de los grandes éxitos del ejército serbio durante la guerra de 1877, como la ocupación de Niš y Pirot y su entrada en la llanura de Kosovo, Serbia obtuvo pocas ventajas del Acuerdo de San Stefano o del Tratado de Berlín. Todos los intentos serbios de asegurar las regiones meridionales, que ya habían sido conquistadas por la fuerza de las armas, fueron rechazados por la firme oposición de la Rusia zarista, cuyo principal objetivo era asegurar mayores fronteras para Bulgaria, que los diplomáticos rusos veían como la futura “provincia transdanubiana”. El gobierno ruso también esperaba poder ofrecer a Bulgaria regiones como la Vieja Serbia [Kosovo], que siempre habían sido codiciadas por Serbia. Por tanto, era natural que, para lograr sus propios objetivos, la naciente burguesía serbia buscara el apoyo, no de Rusia, sino de su viejo enemigo: Austria-Hungría. El Imperio Austrohúngaro empujó a los serbios hacia Macedonia, tanto para desviar la atención de Serbia de Bosnia-Herzegovina como para actuar de baluarte contra Bulgaria, que estaba a punto de convertirse en vasallo ruso. Por todas estas razones, inmediatamente después de la guerra de 1877-1878 se produjo un acercamiento entre Serbia y Austria, que se concretó el 28 de junio de 1881 con el acuerdo de alianza serbio-austriaco firmado por Mijatović por Serbia y Herbert Ratkeal por Austria-Hungría. En virtud de este acuerdo, los dos gobiernos se comprometían a “promover una política de amistad recíproca” (artículo 1) y a no permitir ningún tipo de maniobra contra el aliado en sus propios territorios (compromiso que, para Serbia, se aplicaba también a Bosnia-Herzegovina y al *sandjak* de Novi Pazar que estaban ocupados por Austria) (artículo 8). Austria-Hungría se comprometió, en caso de proclamación del Reino de Serbia, a reconocerlo y también a favorecer su reconocimiento por las demás potencias (artículo 3) y, de forma más general, a “defender los intereses de Serbia ante los demás gobiernos europeos”. A cambio, Serbia declaró que “sin un acuerdo preliminar con Austria-Hungría... no concluiría ninguna negociación ni firmaría acuerdos políticos con otros gobiernos, que no permitiría la entrada en su territorio de ninguna fuerza armada extranjera, regular o irregular, ni siquiera en forma de ejército de voluntarios” (artículo 4: se refería aquí a Rusia, que en 1876 había enviado a Serbia una división de voluntarios comandada por Černaev). En caso de guerra con una tercera potencia, ambas partes se comprometían a observar una “neutralidad benévola” (artículo 5) y a firmar un acuerdo para una posible acción militar (artículo 6). El artículo 7, el más importante para los serbios, preveía la aprobación de Austria-Hungría en caso de expansión territorial serbia hacia el sur (excluido el *sandjak* de Novi Pazar) y, en cualquier caso, el compromiso de Austria-Hungría de “hacer todo lo posible para que las demás potencias estén en buena disposición hacia Serbia”. Los demás artículos se referían a los plazos de validez del acuerdo, repartidos en 10 años, y a su carácter confidencial (artículo 9). El 9 de febrero de 1889, este artículo se prorrogó 6 años más. Posteriormente, el reequilibrio y la formación de nuevas agrupaciones entre las potencias imperialistas empujaron a los serbios en una nueva dirección antiaustríaca. Así, a finales del siglo XX, Serbia cayó en la órbita de la Rusia zarista.